

ACTAS

XIX

Jornada de Historia  
de Fuente de Cantos

LA EMIGRACIÓN EXTREMEÑA



**ACTAS**  
**XIX JORNADA de HISTORIA**  
**de FUENTE de CANTOS**

---

**LA EMIGRACIÓN EXTREMEÑA**



**ACTAS**  
**XIX JORNADA de HISTORIA**  
**de FUENTE de CANTOS**



Fuente de Cantos, 2018

# **XIX JORNADA DE HISTORIA DE FUENTE DE CANTOS**

*Fuente de Cantos, 10 de noviembre de 2018*

## **PATROCINIO**

Asociación Cultural Lucerna

## **ORGANIZACIÓN**

Asociación Cultural Lucerna  
Sociedad Extremeña de Historia

## **COMISIÓN ORGANIZADORA**

José Lamilla Prímola  
José Rodríguez Pinilla  
Felipe Lorenzana de la Puente

## **COLABORACIÓN**

Diputación de Badajoz  
Ayuntamiento de Fuente de Cantos  
Centro de Profesores y Recursos de Zafra  
Colegio San Francisco Javier  
IES Alba Plata

## **ACTAS**

### **COORDINACIÓN Y MAQUETACIÓN**

Felipe Lorenzana de la Puente (felilor@gmail.com)

© De la presente edición: Asociación Cultural Lucerna

© De los textos e imágenes: los autores

I.S.B.N.: 978-84-697-2419-4

Depósito Legal: BA-000262-2019

### **TRADUCCIONES**

Isabel Lorenzana García (isalg93@yahoo.es)

### **PORTADA**

Basada en un óleo de Mercedes Agudo Cruzada (arteseadura@hotmail.com)

### **IMPRESIÓN**

Gráficas Diputación de Badajoz

Fuente de Cantos, 2018

<http://jornadashistoriafuentecantos.jimdo.com>

# ÍNDICE

Presentación XIX Jornada de Historia PÁGINAS

**ANDRÉS OYOLA FABIÁN** ..... 7

## **LA EMIGRACIÓN EXTREMEÑA. PONENCIAS**

---

---

*Éxodo rural de 1960-1975. Incidencia en el antiguo partido judicial de Fuente de Cantos*

**MOISÉS CAYETANO ROSADO** ..... 11

*Extremadura, ayer emigrante, hoy receptora de inmigrantes: Cómo nos trataron y cómo nos comportamos hoy*

**TOMÁS CALVO BUEZAS** ..... 49

## **LA EMIGRACIÓN EXTREMEÑA. COMUNICACIONES**

---

---

*Remedios contra la emigración. El fomento del cooperativismo femenino en la provincia de Badajoz a finales del franquismo*

**FELIPE LORENZANA DE LA PUENTE** ..... 75

*La Reforma Agraria del Régimen Franquista en Fuente de Cantos: Actuaciones del Instituto Nacional de Colonización para contener el éxodo de la población*

**JOAQUÍN CASTILLO DURÁN** ..... 97

*Fuentecanteños en Valdelacalzada*

**JOSÉ LUIS MOLINA BOLAÑOS** ..... 117

*La "subcultura" de la emigración española a Europa en los años 60*

**ANTONIO BLANCH SÁNCHEZ** ..... 137

*Emigración al extranjero de artistas y cronistas extremeños en el Renacimiento*

**ROCÍO GARCÍA RODRÍGUEZ** ..... 153

## OTROS ESTUDIOS LOCALES. COMUNICACIONES

---

---

*Breves notas biográficas sobre Guillermo López Núñez,  
un hacendado del Fuente de Cantos del siglo XIX*

**ANTONIO MANUEL BARRAGÁN-LANCHARRO**..... 173

*Fuente de Cantos en democracia. Resultados electorales  
generales y municipales desde 1977 hasta 2016*

**PEDRO MANUEL LÓPEZ RODRÍGUEZ** ..... 191

*Juan Fernández, El Labrador: Consideraciones sobre  
un bodegón del Museo Goya de Zaragoza*

**JULIÁN RUIZ BANDERAS**..... 213

*Aproximación a la altura de la torre de la iglesia parroquial  
de Fuente de Cantos y de otros edificios de la localidad*

**JOSÉ ANTONIO CORTÉS BOZA** ..... 239

*Minería en Fuente de Cantos*

**MANUEL MOLINA PARRA** ..... 257

## PERSONAJES CON HISTORIA, I

---

---

*Diego Sánchez Cordero, de la guerra del Sidi Ifni a la fotografía profesional*

**FELIPE LORENZANA DE LA PUENTE**..... 293

**RELACIÓN DE AUTORES** ..... 319

**PERSONAJES CON HISTORIA, I:  
DIEGO SÁNCHEZ CORDERO. DE LA GUERRA  
DEL SIDI IFNI A LA FOTOGRAFÍA PROFESIONAL**

*PEOPLE WITH HISTORY, I:  
DIEGO SANCHEZ CORDERO. FROM THE SIDI IFNI WAR TO  
THE PROFESSIONAL PHOTOGRAPHY*

**FELIPE LORENZANA DE LA PUENTE**  
Sociedad Extremeña de Historia  
felilor@gmail.com

*RESUMEN: Iniciamos una serie dedicada a personajes fuentecanteños singulares, aquellos que han protagonizado o bien han sido testigos de episodios relevantes de la historia local, regional o nacional.*

*Diego Sánchez Cordero nació en Fuente de Cantos en 1940 en el seno de una familia muy humilde. Con 16 años se alista voluntario en el ejército y es destinado a la guerra de Sidi Ifni. Como secuela de su participación en el conflicto padece desde entonces ataxia, una enfermedad que le impone serias limitaciones, si bien su espíritu de superación le ha permitido ganarse la vida con su trabajo. Tras licenciarse en el ejército, vuelve a Fuente de Cantos y enseña a leer y a escribir a las esposas de quienes han tenido que emigrar al extranjero. Se establece en Don Benito en 1962 para trabajar en la ONCE y como fotógrafo de prensa. La calidad de sus trabajos y su carisma personal le convierten en uno de los vecinos más apreciados de la ciudad; ha recibido de él un archivo de cuarenta mil fotografías que son su verdadera historia visual de los últimos cincuenta años. También en sus visitas a Fuente de Cantos fotografió sus calles y sus gentes, trabajo que constituye un valioso testimonio de nuestro pasado reciente.*

*ABSTRACT: We start a series dedicated to people from Fuente de Cantos who led or witnessed relevant episodes of the local, regional or national history.*

*Diego Sanchez Cordero was born in Fuente de Cantos in 1940 in a very humble family. At the age of 16 he volunteered in the army and was destined to the Sidi Ifni war. As a consequence from the conflict he suffers from ataxia, a condition that makes him have serious limitations, although his spirit of achievement allowed him to make a living from his work. After graduated in the army, he came back to Fuente de Cantos and*



*taught to read and write to the wives of those who had to emigrate abroad. He moved to Don Benito in 1962 to work as a press photographer for the National Organization of Spanish Blind People (ONCE in Spanish). The quality of his works and his personal charisma make him one of the most admired neighbours of the city, since it received forty thousand photographs that are true visual history of the last fifty years. Also, in his visits to Fuente de Cantos he photographed its streets and people, which constitutes a valuable testimony of our recent past.*

XIX JORNADA DE HISTORIA DE FUENTE DE CANTOS

Asociación Cultural Lucerna/Sociedad Extremeña de Historia, 2018

Pgs. 293-315

ISBN: 978-84-09-09033-4

## I.- DE FUENTE DE CANTOS A AHILLONES.



Diego Sánchez Cordero es un personaje típico de la posguerra. Vino al mundo el 25 de octubre de 1940, en el seno de una familia pobre de la que fue su primer vástago; el padre era natural de Montemolín y la madre de Fuente de Cantos. Aquí vivían junto a otras once mil almas, casi todas pobres también, algunas menos que diez años antes. La Guerra Civil no fue la única culpable de este estancamiento demográfico, a pesar de su trágico balance en nuestra villa. De hecho, España incrementó sus efectivos en dos millones y medio a lo largo de la década de los cuarenta, y Extremadura en cien mil. El motivo fue la notable desigualdad entre la población y los recursos disponibles, que se tradujo en mortalidad y emigración. Una emigración temprana, que ni siquiera va a esperar al desarrollismo industrial propio de los sesenta. Tal fue lo que hizo la familia de Diego al poco de su nacimiento: marcharse por necesidad. El destino fue Ahillones, a algo menos de cincuenta kilómetros de Fuente de Cantos, tres mil habitantes y pobre igualmente; el padre trabajó de policía municipal, y Diego, con el tiempo, en lo que saliera.

La madre falleció cuando nuestro personaje contaba nueve años, dejando otros dos huérfanos de cinco y siete. Tendrán madrastra y mucha tristeza. El peor recuerdo que tiene de una infancia que apenas existió es precisamente la muerte de su madre. Tuvo que ponerse a trabajar y apenas pudo ir a la escuela, pero guarda un recuerdo nítido de su maestro, pluriempleado, quien daba clases y también tapas de chorizo a sus necesitados alumnos. Nos lo cuenta el propio Diego en un relato distintivo de la España de posguerra, de los años del hambre:

“Era representante de embutidos, de chorizos, y era Maestro Nacional, mi primer maestro. Llegaba todas las mañanas en una moto, la primera que se vio en el pueblo, aparte de las que pasaban por la carretera con militares, uno conduciendo y el otro, en el sidecar. Pero la moto del maestro era mejor. Algún niño decía que era más robusta y más potente. Nos sentíamos muy orgullosos, como si tuviésemos alguna pequeña participación en ella. Nos sentíamos responsables de su seguridad. El maestro, que se daba cuenta de nuestra admiración, nos permitía limpiarla, y, alguna vez, nos contaba cosas de ella. Pero cada día decía que lo primero era lo primero. Nos formaba en filas, él se ponía frente a nosotros, y con el brazo extendido, cantábamos el *Cara el sol*, después de haber rezado, y ya estábamos listos para recibir en nuestras latas los polvos, que con un poco de agua habían de convertirse en leche. También, nos daba algún día queso, y tampoco faltaba un trocito de chorizo, esto el día que nos mandaba a repartir paquetes de embutidos. Los niños de otras clases se morían de envidia cuando nos veían con la boca llena de chorizo, que nos habíamos untado para hacerlos

rabiar. El maestro se portaba muy bien con nosotros, pero se notaba que el hambre era un problema de todos. Entonces se decía que tienes más hambre que un maestro de escuela.

Muchos días nos esperaba a la salida de la escuela Milonso, que estaba empeñado en aprender a leer y a escribir, sin ir a la escuela. Nos pegaba y nos obligaba a enseñarle. Tenía 9 o 10 años, y se lo habían dejado olvidado en el pueblo un día que pasaron sus padres con muchos niños y mucha hambre. Seguro que no lo echaron de menos, porque jamás volvieron a por él. Vivía de pequeños hurtos y de lo que le daba la gente. ¿Aprendió a leer y escribir? Pues, no sé cómo, pero aprendió”.

## II.- DE AHILLONES A SEVILLA.

Con solo 16 años, y acuciado por la necesidad, según él mismo dice “huyendo del hambre y las penurias que se arrastraban por entonces”, ingresa voluntario en el ejército. Viaja en tren desde Llerena hasta Sevilla con su maleta de madera atada con una cuerda, en cuyo interior apenas había una toalla y un peine con pocos dientes; más un billete de cinco pesetas en el bolsillo. Se incorpora al Regimiento de Infantería Soria nº 9, cuyo cuartel estaba ubicado en la plaza del Duque, en el espacio que hoy ocupa *El Corte Inglés* (fig. 1). Pasó con éxito el reconocimiento médico en el Hospital de la Macarena y se hizo soldado. Le dieron un uniforme que le quedaba grande y unas botas gigantes, tres o cuatro números por encima del suyo. Con el gorro hubo más suerte. “Y de esta guisa me lancé a comerme el mundo”.



Fig. 1: Antiguo cuartel de San Hermenegildo en las proximidades de la sevillana Plaza del Duque, sede del Regimiento de Infantería Soria nº 9 (imagen tomada de <https://andaluciainformacion.es>)

Huir del hambre no fue el único motivo que tuvo Diego para incorporarse al ejército. Consciente de sus limitaciones formativas y de la importancia que la enseñanza tenía para labrarse un porvenir, no quiso desaprovechar la oportunidad. Dedicaba sus dos horas de paseo por la tarde a conocer la ciudad y hacer pequeños negocios. Con las cinco pesetas que se trajo de Ahillones compró dos paquetes de tabaco *Ideales*, que luego vendió en el cuartel en cigarros sueltos; reinvertió las ganancias en el mismo negocio e incluso se asoció al veterano que hasta entonces controlaba el trapicheo del tabaco, y éste le traspasó la *empresa* al licenciarse. Lo que nos interesa de este episodio es que las ganancias obtenidas le sirvieron para pagarse la academia a la que iba todas las tardes, y en la que aprendió todo lo que no había podido aprender en la escuela a la que apenas fue.

A Diego, estos recuerdos le traen algo más de felicidad que la infancia y juventud definitivamente dejadas atrás, aunque su narración sigue y seguirá teñida por destellos de amargura:

“Cuando repaso mis recuerdos, tengo la sensación que esas cosas no me pasaron a mí, que mi vida ha sido más sencilla, más simple, más cómoda. Y es que el tiempo difumina asperezas, y borra las cicatrices de las heridas que te ha ido haciendo la vida. A estas alturas, se cuentan las cosas sin apasionamiento, sin el ardor de la proximidad. Está todo fuera de la órbita, y en nada te puede afectar. Unos hechos se recuerdan mejor que otros, quizás te impresionaron más y de distinta manera. Otros el mecanismo de autoprotección se encargó de borrar. ¿Tiene algún valor lo que cuento? Ninguno. ¿A quién puede interesarle? A nadie. ¿Por qué lo cuento? No sé, pero en el fondo no son nada más que pensamientos en voz alta. Algo que no querías contar y se te escapó, y una vez ahí lo dejé porque es historia, mi historia, mi insignificante historia”.

Sin embargo, su historia personal se combina desde ahora con los estereotipos de la historia colonial de España, agonizante en el norte de África. Aquí vivirá una experiencia que condicionará el resto de su vida: la guerra.

### III.- DE SEVILLA AL SIDI IFNI.

Las posesiones en el norte de África se convirtieron, tras el desastre de 1898, y precisamente cuando las potencias europeas se hallaban en pleno proceso de expansión colonial, en el último testimonio del antaño imponente imperio español. Por ello, su conservación fue desde entonces objetivo prioritario de todos los gobiernos, ya fueran monárquicos, dictatoriales o republicanos. En ello se invirtieron enormes recursos, se destacaron decenas de miles de soldados, se organizaron las unidades más preparadas del ejército, hicieron carrera

en él los militares más influyentes (los *africanistas*), y sus guerras, guerras ya olvidadas, llevaron no pocas veces al colapso a la política nacional. La del Sidi-Ifni fue la última guerra colonial que tuvo España, y en ella tuvo la desgracia de participar Diego Sánchez Cordero.

Ifni formaba parte del conjunto de colonias y protectorados de España y Francia en lo que luego será el reino de Marruecos; era una franja atlántica próxima al Sáhara cuyo origen está en las cesiones del sultán Mohamed IV en 1860, explicitadas en el Tratado de Wad-Ras. La Conferencia de Berlín (1884-85) para el reparto colonial de África reconoció este hecho y respaldó las pretensiones españolas de incorporar los territorios limítrofes situados al sur. La Conferencia de Algeciras celebrada en 1906 y finalmente el acuerdo con Francia de 27 de noviembre de 1912 dieron como resultado la creación del protectorado español, extendido por dos zonas inconexas, la del norte (Rif y Yebala) y la del Sur (Ifni y Cabo Jubi), nominada más tarde África Occidental Española. El Sáhara Occidental tendrá la consideración de colonia y Ceuta y Melilla la de plazas soberanas.

La concesión de la independencia a Marruecos en 1956, tras el acuerdo hispano-francés, supuso la cesión del protectorado del norte. La franja de Ifni, antes un enclave en medio del protectorado francés, zona aliada, quedó aún más aislada al encontrarse ahora rodeada por el nuevo reino alauita, zona hostil por sus anunciadas ansias de expansión (fig. 2). La presión marroquí, con la complicidad de Estados Unidos, no se hizo esperar. Tras los disturbios habidos en la primavera de 1957, comenzaron las incursiones en el mes de octubre y al mes siguiente se lanzó el ataque sobre la capital, Sidi-Ifni. La guerra se prolongó hasta mediados de 1958 con victoria sobre el papel para España, que conservó Ifni y limpió la zona de invasores, pero se comprometió a ceder a Marruecos la franja sureña de Cabo Juby, o Tarfalla (acuerdos de Angra de Cintra).

Participaron en esta guerra alrededor de diez mil militares, de los que murieron 198 (hubo muchos más en el bando atacante), aparte de 574 heridos y 80 desaparecidos, siendo la XIII Bandera de la Legión la unidad más castigada; aquellas son las cifras oficiales, pero hay otras que elevan considerablemente el número de víctimas. El esfuerzo, en todo caso, apenas mereció la pena. En pleno proceso de descolonización amparado por la ONU, poco tiempo le restaba a España en la administración de este territorio ganado a sangre y fuego, que acabó pasando a Marruecos en 1969, lo mismo que el Sáhara occidental en 1975.

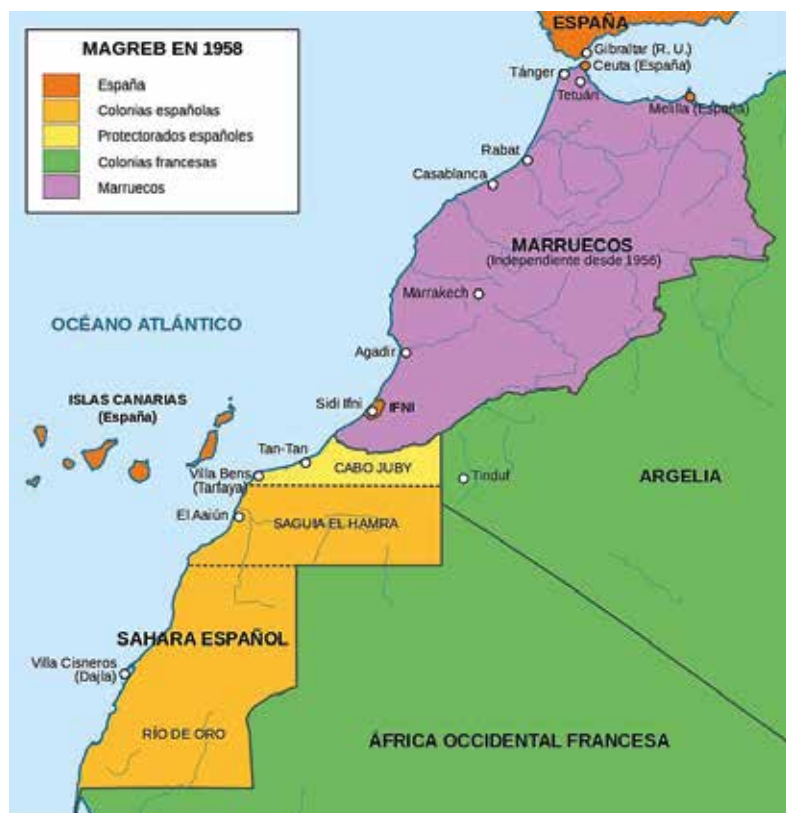


Fig. 2: Situación de las posesiones españolas en el norte de África tras la independencia de Marruecos

(en: <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Mapa-africa-occidental-1958.png>)

Aunque, como decíamos arriba, fue la Legión la unidad encargada de rechazar las incursiones moras y pacificar el territorio, en los primeros compases de la guerra, cuando estaba aún en fase de revuelta, se utilizaron para sofocarla tropas regulares expedicionarias llevadas desde la península. Entre ellas el Regimiento Soria nº 9 de nuestro personaje, que viajó hasta la zona de conflicto a bordo de un destructor y con muchas ganas de aventura, que no tardarán en desaparecer una vez se enfrente a la realidad. Barcasas remadas por nativos trasladaron a la tropa a las inmediaciones de la playa, a la que llegaron con el agua hasta el pecho y el fusil en alto, “como en las películas”, según sus recuerdos, “con la diferencia que aquí éramos protagonistas, aunque desconocedores del lugar donde habíamos puesto los pies”. Se enteraron entonces que los nativos eran moros y el lugar al que habían llegado el Sidi Ifni. Parecía un sitio tranquilo, pero en pocos días empezaron los tiros y se contaron los primeros muertos.

Se achaca al gobierno franquista en la gestión de este conflicto la pobreza de los medios suministrados, errores de estrategia, falta de información, exceso de confianza y desprecio del enemigo. Los propios participantes reconocen que ni sabían bien a dónde iban ni tenían la preparación necesaria para enfrentarse a combatientes de carne y hueso en el marco de una guerra real. Adolfo Cano, un veterano del Ifni, fue testigo de la llegada del regimiento de Diego Sánchez Cordeiro, y describe su aspecto y su disposición para el combate de manera harto gráfica (texto extraído de su blog, citado al final de este trabajo):

“Soy un veterano Tirador de Ifni y recuerdo el día que aparecieron en la montaña, en aquella primera línea que se había establecido, eran chavales como nosotros, reclutas llegados de la península a reforzarnos, nosotros ya curtidos en fuego enemigo, llenos de miseria, sucios. El aspecto no debía ser muy alentador y así se reflejaba en los rostros de aquellos al vernos. Los moros esos días nos dejaron tranquilos, seguramente porque ya poseían el 95% del territorio y si queríamos recuperarlo había que ir con un fusil de “madera” y en alpargatas al montículo de enfrente donde nos esperaban “pacientemente”. Venían a reforzarnos, y lo hicieron, reclutas de reemplazo, prácticamente de sus casas, de la teta de mamá, sin ninguna preparación a primera línea (un crimen de estado) ... Dos días después de la llegada de aquellos reclutas, yo estaba de guardia en un montículo de donde se divisaba toda la vaguada y vi, recién llegados, cómo aquellos chavales sin ninguna experiencia subían la ladera con fuego enemigo, vi como caían muertos o heridos hasta conseguir la cota. ¡Lo que nos costó cada cota! Ha pasado mucho tiempo pero no ha quedado en el olvido el regimiento al que pertenecían, eran los de Soria nº 9, quedaron en mi mente aquellos chavales como yo, llegados a primera línea vestidos casi de “domingo” y que también como yo, unos días después, con la rapidez que da la guerra, por la supervivencia, habrán aprendido a sobrevivir, matando para no serlo uno mismo, habrán aprendido a casi no comer ni beber, a poco dormir en el suelo y como almohada la mochila con seis granadas de mano (las reglamentarias) y a convivir amigablemente con los piojos y las pulgas amen de con serpientes, alacranes y ratas ... La Guerra de Ifni fue la mayor *chapuza* del Régimen”.

Diego pasó las navidades de 1957 montando guardias en las trincheras. No tiene mal recuerdo de ellas; las campañas orquestadas por el gobierno para apoyar moral y materialmente a los soldados surtieron efecto, de forma que llegaron en cantidades generosas, incluso mucho después de pasadas las fiestas, aguinaldos en forma de mantecados, turrónes, tabaco, vino, licores, etc., compartiendo espacio en las trincheras con las bombas y las cajas de munición: “nuestras Navidades fueron de hacer trincheras y guardias, beber y dormir y pegar algunos tiros, y comer, más bien poco”. La correspondencia con las familias funcionaba con irregularidad; las cartas tenían que pasar la censura y

se retenían aquellas que contenían cualquier información que se considerase inapropiada para la seguridad de las tropas.

A pesar de la cercanía de la guerra, los expedicionarios sabían muy poco sobre su desarrollo. Tampoco de las actividades propagandísticas del régimen tendentes a dulcificar los hechos de cara a la opinión pública. Así, nadie les dijo que Carmen Sevilla y Miguel Gila (fig. 3), junto a otro ejército, éste de periodistas y fotógrafos que dieran fe de la ocurrencia, habían sido enviados a Sidi Ifni para alegrarle las navidades a la tropa...

“... la tropa guapa, claro está, los elegidos, los que mejor quedaban en el NODO. De nosotros, los feos, no se olvidaron, nos montaron en camiones, por turnos, y nos llevaron al Cine Avenida a ver *El último cuplé*. No, estas Navidades no fueron malas, no fueron buenas, fueron distintas, esas Navidades que se recordaran siempre (...)

De las trincheras al cine y del cine a las trincheras. Viejos camiones cargados de soldados. Soldados pobres con caras de hambre, surgidos de la tierra que abre el pico y la pala. Sacados de aquellos cerros de peligros, penalidades y miseria, con andrajosos uniformes de trabajo y de combate. Y por turnos, conducidos y vigilados como prisioneros, nos metieron en el cine *Avenida* de Sidi Ifni para que viésemos *El último cuplé*. Obligada proyección, con centinelas en las puertas para evitar fugas. Terminada la función, y en ordenada formación, montamos de nuevo en los camiones de regreso a las posiciones donde estaba la guerra (...)

Y la figura y la interpretación de Sara Montiel, fue para nosotros el regalo de aquellas navidades del 57. No hubo NO-DO, ni prensa, ni fotos. Una tropa tan fea y mal vestida no podía transmitir una imagen de normalidad en el territorio del África Occidental Española”.

Fueron las cartas y las revistas del corazón llegadas desde España las que les contaron los eventos artísticos que ocurrían justo al lado: “¡Tan cerca de la noticia y tan mal informados!” A pesar de las visitas a la ciudad, la relación de los soldados españoles con la población local fue inexistente. Los niños, nos cuenta Diego, veían en ellos también al enemigo y cualquier intento de aproximación acababa en fracaso. Y eso que el aspecto que ofrecía la tropa hubiera infundido más pena que temor si no fuera por las armas que portaba (fig. 4):

“Era casi un niño, imberbe y pequeñito, vestía una camisa caqui, rota y sucia, un pantalón en el mismo estado y color que la camisa, calzaba unas alpargatas viejas de espartos y sobre la cabeza, un gorro terminado en una borla, que le iba acariciando la frente, su atavío acaba en correaes, trinchas, cartucheras con balas, un machete, una cantimplora, una máscara antigás, todo ello sujeto al cinturón, y en la mano derecha, un fúsil Mosquetón, 7,92 (...)



Son los recuerdos del día a día de un soldado perdido en una tierra que nunca sería suya. De un héroe anónimo, de esos que pasan desapercibidos, que ni siquiera los tiros de su fúsil suenan. De un mercenario en un ejército regular, pagado con tres pesetas por jornada. Con el deber de obedecer y morir y soñar cuanto quisiera (...) Entonces mi vida era más simple, más insignificante, más monótona... Pero con muy escaso valor. Trascurría entre caminatas, trincheras, guardias y tiros; entre cantimploras sin agua y latas de sardinas; entre mosquitos y pulgas; entre partidas de cartas, borracheras y putas militarizadas. Y las misas de campaña y las confesiones tras una piedra”.



Fig. 3: Carmen Sevilla y Miguel Gila actuando para las tropas españolas en Ifni en 1957

(<http://ediez-historiasocialcinee.pana.blogspot.com>).



Fig. 4: Imagen de Diego Sánchez Cordero durante su estancia en Ifni

(<http://veteranosdeifni.blogspot.com>)

Nunca se ha hecho un reconocimiento moral ni económico a los soldados españoles enviados a esta guerra, y curiosamente la única propuesta en este sentido fue la presentada en el Congreso de los Diputados por un representante de Convergencia i Unió en 2012, sin mayor éxito. Todos los excombatientes, a través de los cientos de testimonios que pueden verse recogidos en libros, artículos de prensa y blogs, tienen un recuerdo entre áspero y doloroso de esta guerra, agravada por el olvido y la ingratitud por parte de quienes les mandaron a ella, incluido Diego:

“Mientras queden los recuerdos, existió la guerra de Sidi Ifni. Aunque fue una contienda silenciada, y los que participamos en ella, los grandes olvidados. Ni siquiera en los momentos de más homenajes y reconocimientos en el ejército, hubo un recuerdo para los pocos veteranos excombatientes que aún quedamos vivos después de cincuenta y muchos años. También entre nosotros hubo héroes y buenos soldados, además de muertos y discapacitados”.

citados (...) ¡Son tantas las cosas que pasaron y que nunca se contaron! ¡Son tantas las que se dijeron y nunca ocurrieron! ¡Son las verdades de las guerras! ¡Las mentiras de los documentos oficiales! Datos para estudiosos e historiadores. Las guerras siempre se pierden”.

Diego la perdió por partida doble, moral y físicamente, pues la explosión de un mortero cerca de donde se hallaba, sin haber sido advertido previamente de cómo comportarse ante tal eventualidad, y sin recibir después la atención médica adecuada, le dejó una incapacidad con la que ha tenido que convivir hasta el presente: la ataxia, una enfermedad rara que se caracteriza por provocar la descoordinación en el movimiento de los miembros del cuerpo.

#### IV.- DE IFNI A FUENTE DE CANTOS. SU VISIÓN DE LA EMIGRACIÓN.

Estando ingresado en el Hospital Militar de Sevilla, a Diego se le comunicó que había sido licenciado en el ejército, lo que conllevó su inmediata alta médica. No se le dio otra opción: “El Ejército tuvo conmigo el mismo comportamiento que tienen algunos empresarios de hoy, que aprovechan la enfermedad del obrero para comunicarle en el hospital la finalización del contrato”. Enfermo, sin recursos y abandonado, tras muchas protestas y mucha insistencia logró el ingreso en el Hospital Militar Gómez Ulla de Madrid, donde tampoco pudieron hacer gran cosa por su rehabilitación. Un año después pidió el alta voluntaria. Nunca se le reconoció su condición de víctima de guerra ni se tuvo en cuenta lo que era obvio: que su enfermedad había sido adquirida en el ejército en acto de servicio. Todos sus escritos a las instancias oficiales, cargos públicos y prebostes del régimen obtuvieron el mismo resultado: buenas palabras, derivación a otras oficinas y olvido. La vía judicial, explorada años más tarde, en la democracia, tampoco le fue favorable. A día de hoy, a nuestro personaje le bastaría una simple nota en la que se le dieran las gracias por haber sobrevivido sin la ayuda del Estado.

Eso fue lo que hizo: buscarse la vida como cualquier otro, pero con unas limitaciones que sólo a él pertenecían. Sus familiares de Fuente de Cantos lo acogieron tras salir del hospital y aquí permaneció dos años. Estamos a mediados de 1960 y si algo preocupaba entonces a los vecinos era el porvenir. La población sumaba entonces nueve mil habitantes, dos mil menos que en 1940, pero a lo largo de la década de los 60 perderá otros tres mil. La emigración desangraba una localidad y una comarca en la que las condiciones de vida apenas habían mejorado. El distrito judicial de Fuente de Cantos había despedido entre 1955 y 1967 un total de 9.701 habitantes (el 25'24% de su población), de los que 861 habían marchado al extranjero. Todo el mundo, incluyendo las instancias políticas y sindicales del régimen, reconocían la calamidad, pero nada se hizo para remediarla. Se alentó el trasvase de mano de obra barata a las regiones y

países industriales ante la falta de expectativas laborales en las zonas de origen, a cambio de nada. Fue un mal compartido con otras muchas poblaciones de la España rural, la hoy denominada *España vacía*, pero esta circunstancia, con la perspectiva que nos da el tiempo transcurrido, no debe proporcionar consuelo, sino más bien irritación. Las consecuencias reales, de hecho, las estamos padeciendo ahora.

Diego conoció de cerca el proceso migratorio y se implicó en él a fondo. Su acción más meritoria fue sacar del analfabetismo a las familias que habían de comunicarse por correspondencia, sin saber cómo hacerlo, con quienes habían marchado fuera de España. Organizaba clases en las que enseñaba lo necesario para leer y escribir cartas, tomando como libro de texto improvisado la propia misiva remitida por el hijo, el novio, el hermano o el marido. Algunos no se conformaron con aprender los rudimentos básicos y fueron alumnos muy aventajados: “La necesidad y la voluntad obraban el milagro”.

El contacto permanente y cercano con estas familias, con las que compartía academia y secretos, ha llevado a Diego a entender mejor que nadie la trascendencia que tuvo el servicio de Correos, el encargado de tender ese hilo tan frágil como eficaz que unía a las familias separadas por la emigración. Los carteros se convirtieron en los depositarios de las expectativas contenidas en la correspondencia, los culpables del desasosiego por las misivas que no llegaban, los transmisores de las alegrías y frustraciones que contenían los textos. En su visión actual, son los carteros de la nostalgia:

“Si hay una institución con más derecho a un homenaje en el recuerdo, es Correos y Telégrafos, que estuvo siempre al servicio de todos: de pobres y de ricos, de buenos y malos, de gente culta y analfabetos y de enamorados. Transportaban sentimientos, penas, alegrías, esperanzas, amores, hasta condolencias por el pariente muerto, mostrando el pésame en un listón negro en el sobre. Carta de soldados a sus madres o sus novias. Cartas que se leían y se conservaban como valioso tesoro. Unas pasaban de mano en mano o unos labios las leían para toda la familia; otras, las recibía el corazón y el corazón las guardaba. Y el momento de contestarlas era todo un ceremonial de ‘ponle esto’ o ‘aquello’, después de empezar con aquel sencillo, austero y entrañable: ‘Querido hijo me alegrare que al recibo de la presente te encuentres bien nosotros bien a dios gracias’. Sobran hasta las comas porque era igual que robar los besos. El pariente que sabía era el que escribía la carta, y si no el vecino o el niño que estaba muy adelantado en la escuela, y manejaba muy bien el tintero, la pluma y el papel. La despedida, como el principio, siempre era la misma: ‘y este que te quiere y que lo es...’ y los enamorados ponían círculos y cruces, traducidos por besos y abrazos. Eran las cartas del pueblo, entregadas por unos abnegados carteros, porfiones con una dirección mal puesta o un destinatario desconocido, y que la gente esperaba con el corazón en un puño, en la calle o en la puerta de casa. Y la pregunta: ‘Hoy tampoco

hay nada para mí?' Y el cartero responde, como sintiéndose culpable: 'No, no hay nada'. Alguna vez llegaba un giro, dinero que aliviaba un poco la penuria de los malos tiempos.

Las cartas traían alegría, lo contrario de los telegramas, que siempre traían malas noticias, pues era como se les comunicaban las desgracias a los pobres. El telegrama para el pueblo era el anuncio de la muerte. Ponía en antecedentes de desgracias y fallecimientos. No había un medio más rápido, era el teléfono de la gente sin bienes.

Correos y Telégrafos, mensajeros en otros tiempos de esperanzas y miedos, vaya nuestro más emocionado recuerdo. Aunque vuestra existencia perdura, las necesidades de la gente han cambiado y también las comunicaciones, por lo que, aunque sea doloroso, ya pasáis casi desapercibidos para la gente del pueblo, o estáis en otros menesteres de más importancia y menos sentimientos”.

Otra de sus iniciativas fue la gestión de los documentos que se necesitaban para emigrar: pasaportes, certificados sobre antecedentes penales, de buena conducta, cartillas bancarias, etc. Prestó dinero a quien lo necesitó y siempre le fue devuelto con un plus de generosidad en forma de productos y libros del extranjero que aquí estaban prohibidos: “Todo lo hice por mi gente, por mis parientes, por mis amigos, por mis vecinos, en resumen, por mi tierra”.

Un viaje en tren hasta Ginebra en 1965 le sirvió para comprobar in situ las condiciones en las que viajaban y vivían los emigrantes. Suiza, tal y como expone en este mismo libro Moisés Cayetano, fue el principal destino europeo de los trabajadores de esta comarca. El trayecto estaba marcado por la masificación, la incomodidad, el frío y las penas, penas que se combatían con el coñac. A más de uno se le iba la mano con la bebida y no era autorizado a entrar en el país, según narra el propio Diego, quien por otra parte reconoce la parte positiva de la emigración: la entrada de divisas, los capitales reinvertidos en negocios y tierras, y por supuesto el aprendizaje, no sólo de un oficio, sino también de algo más:

“Y aprendieron que el trabajo tiene derechos, que había que implicarse en la lucha social y en la libertad sindical, y con los que retornaban empezaron a llegar ideas nuevas que, a pesar de la mucha vigilancia del sistema, calaron, poco a poco, en muchas capas de nuestra sociedad”.

Como fino observador de la realidad más inmediata, Diego nos ha dejado un testimonio literario muy acertado de los emigrantes que volvían puntualmente a Fuente de Cantos, no los que retornaron de forma definitiva, que de estos ha habido muy pocos (al menos en cuanto a la migración interior se refiere, apenas el 8% de los emigrados entre 1955 y 1967), sino los que venían a pasar las vacaciones y se reencontraban con un ambiente que, sin embargo, ya veía a estos antiguos vecinos como forasteros, forasteros en su propio pueblo:

“Por aquí se les llamaba, de forma cariñosa y un poco de pitorreo, *encargados* a las personas que trabajaban fuera y en vacaciones visitaban sus pueblos. Cuando se les pregunta por el trabajo, todos decían ser encargados de algo. Ellos no lo creían, la gente tampoco, pero todos felices. Y es que los pueblos se llenaban de visitantes, parientes y amigos durante algún mes de verano para celebrar ferias veraniegas o fiestas navideñas. Reinaba la alegría, corría el dinero, se repartían abrazos, saludos y regalos, y se contaban asombrosas historias de la vida de otros países o de ciudades. Eran días que los negocios se convertían de ruinosos a prósperos. Los bares acogían a los antiguos parroquianos rodeados de sus nuevos amigos, conocidos de siempre. Las madres se paseaban por la calle orgullosas del brazo de aquel hijo que trabajaba fuera, las esposas, los hijos ... Todos pasaban días contentos”.

Con el paso de los años, el retorno se ha convertido en una quimera, e incluso las visitas periódicas se han espaciado en el tiempo. Por una parte, han ido ampliando la familia y contrayendo obligaciones en sus lugares de trabajo; por otra, se ha incrementado la desafección hacia su pueblo de origen: menos familiares, menos amigos, menos casas donde alojarse y menos confianza con sus inquilinos, sin contar las incomodidades propias de la vida rural, a las que han ido desacostumbrándose en las ciudades. Con el tiempo se han visto y los han visto los demás como “forasteros y extraños” en su propio medio; tienen aquí sus raíces, es cierto, pero como dice nuestro personaje, “las raíces si no se riegan, se secan”. La segunda generación apenas viene. Los pueblos se mueren:

“Todos han cambiado, los de fuera y los de dentro. Quedaron los de siempre, la mayoría viejos y algunos jóvenes sin aspiraciones. Y hasta las autovías, ese signo de progreso, fue alejando de su camino pueblos con historia y belleza, situándolos como una mancha, perdidos allá en el paisaje. Condenados a ser ignorados, irán desapareciendo, mientras lejos, muy lejos habrá quien sueñe con el esplendor de otro tiempo”.

Aparte de los emigrantes, otro recuerdo que tiene Diego del Fuente de Cantos de los años 60 son las tiendas de ultramarinos. Antes de que aterrizaran las grandes cadenas y de que los consumidores locales agarrasen el coche hasta para comprar la leche en las grandes superficies comerciales, la población se abastecía en pequeñas tiendas familiares donde se vendía cualquier cosa, despachaba un dependiente, se fiaba y se socializaba con el vecindario. Sin duda, este pueblo tiene una gran deuda con el pequeño comercio, ya casi extinguido:

“Sí, esas tiendas pequeñas y oscuras donde se podía encontrar de todo, especialmente, comestibles a granel y también envasados. Para ello disponían de todas clases de medidas para la venta de líquidos, tales como los medidores de aceite, balanzas para pesar, molinillo de café, guillotina

para vender porciones de bacalao... Por el suelo se podían ver los sacos de patatas, de garbanzos, de lentejas, de arroz, de sal ... Y encima del mostrador –en el ultramarinos que yo más recuerdo–, un gato grande y gordo, color ceniza, durmiendo encima del papel de estraza de envolver, entre un saco de azúcar y una pila de bacalao, y seguido, un queso y una cesta con huevos. Y al fondo, en las estanterías desvencijadas, había latas de conservas, colonias, jabones, artículos escolares, alguna muñeca o caballito de cartón. Y muchísimas más cosas colocadas de cualquier manera. Tampoco pasaban desapercibidos los chorizos y el tocino, que colgaban de una cuerda atada a un clavo pinchado en la pared. El interior de los ultramarinos despedía una mezcla de olores muy característico y peculiar. Tenían una clientela muy especial. Familias pobres, personas que comían lo justo para vivir. Siempre iban con una libreta donde el tendero apuntaba lo poquito que compraban fiado hasta final de mes o, en el peor de los casos, hasta que el marido encontrara trabajo. Y el tendero recordaba de cuando en cuando que la cuenta iba subiendo mucho, pero seguía ayudando a la gente, no dejando de darles fiado. Estos comerciantes prestaron el más grande de los servicios a aquella gente con tan pocos recursos, que apenas tenían nada que comer cada día. Unos y otros llegaban a formar una gran familia”.

Diego Sánchez Cordero se convierte él mismo en emigrante al marchar a Don Benito a mediados de 1962; visita con frecuencia Fuente de Cantos, donde casa con Isabel Molina Méndez el 22 de septiembre de 1966 en la iglesia del Carmen, y con la que tendrá dos hijos. En sus visitas ejercerá de fotógrafo, y a su cámara le deben las mejores instantáneas que tenemos del pueblo tal y como era en los años sesenta (y sucesivos), tan distinto y al tiempo tan reconocible (figs. 5 a 11).







Figs. 5 a 11: Instantáneas de Fuente de Cantos tomadas por Diego Sánchez Cordero de los años 60 del siglo XX: Vista desde la N-630, Mercado de abastos, Plaza del Canal, Plaza de los Mártires, Plaza de Zurbarán, Plaza de la Fontanilla y la cárcel, en calle Olmo



## V.- DE FUENTE DE CANTOS A DON BENITO.

Don Benito era una ciudad emergente en los años 60, al capitalizar los beneficios que trajo a su comarca el Plan Badajoz, el programa franquista para el desarrollo agrario e industrial que nunca llegó, sin embargo, y a pesar de sus propósitos iniciales, a las tierras áridas del sur extremeño. Esta es la emigración más temprana, más cercana y todavía las más desconocida: la del interior, del secano al regadío. La visita de Franco a la provincia en 1945 promovió un estudio de la situación socioeconómica cuyas conclusiones, por su crudeza, nunca llegaron a publicarse: cuarenta mil yunteros en situación de pobreza, setenta mil jornaleros en paro, lo que suponía más de cien mil familias, o lo que es lo mismo, casi la mitad de la población extremeña condenada al hambre. En 1948 se aplican los primeros planes y diez familias fuentecanteñas son seleccionadas para colonizar las tierras en las que se levantará una nueva población, Valdela-calzada, experiencia de la que nos habla en estas mismas Actas José Luis Molina; un programa piloto que se extiende a partir de 1952 a las vegas altas y bajas del Gadiana.

Diego comienza dando clases de mecanografía y más tarde ingresa en la ONCE, vendiendo cupones en la zona de la plaza de abastos. Pero sus retos eran otros. Su verdadera vocación seguramente fuera la menos apropiada para una persona que sufre temblores en todo su cuerpo, y sin embargo en la superación de las dificultades como la que tratamos (entre otras muchas) encuentra nuestro personaje el aliciente que dará sentido a su vida. Esa vocación es la fotografía y le llevará a tener que examinarse en Madrid para poder ejercer. Aprobó, no sin antes sumar algún fracaso, pues su existencia no se entiende sin la condena a derrotar diariamente las dificultades que se presentan. Aprendió, como tantas otras cosas, en la “universidad de la vida, donde no hay lecciones de gramática ni de literatura. Todo queda reducido a reglas de supervivencia y gramática par-da”. Se hizo fotógrafo en un acto de rebeldía contra sí mismo, contra sus limitaciones. Hoy en día, con las facilidades que ofrecen las cámaras digitales automáticas, posiblemente no vería ningún aliciente en repetir su historia. Y aquí nació otra versión de su figura: *Disan Cor*. Diego en persona nos explica, haciendo humor de su propia estampa, qué le llevó a este reto y cómo se las ha apañado:

“Me hice fotógrafo profesional porque padecía y padezco una enfermedad degenerativa e incurable del sistema nervioso, con los síntomas visibles de andares de borracho y temblor en manos y cabeza. De esas que mueven a comentaristas humorísticos a los más graciosos, muy dados a hacer chistes. He de reconocer humildemente que la cosa no era para menos a la vista de una enfermedad tan placentera. Imaginando mi estampa, yo tampoco me hubiera fiado mucho de mí. Sin embargo, como tenía las ideas claras y sabía muy bien lo que quería, y que mi reto era difícil pero no imposible, me lancé a la aventura. Solo tenía que procurar que

la opinión de la gente no me afectara mucho. Si alguna vez me enfadaba, era consigo mismo, por no poder hacer las fotos con la normalidad de una persona sana.

Cuando enfocaba la cámara, se producía el milagro de no sacar una foto movida ni un modelo asustado. Casualidad o misterio, las fotos salían y además no salían movidas. Con el resultado de algunos reportajes, yo era el primer sorprendido. No diré como lo hacía, porque un mago nunca descubre sus trucos. El temblor tampoco me permitía hacer un buen enfoque con la cámara, mucho menos elegir velocidades de obturación largas. No podía utilizar teleobjetivos, porque, por su tamaño, vibraban mucho. En fin, que todo eran limitaciones.

Sin embargo, comparando los resultados con los de la competencia, tenía motivos para estar razonablemente satisfecho. Porque soy realista, aunque pueda parecer vanidoso, estoy orgulloso de mis fotos. Cada una es la historia de las dudas, de la rabia, de la impotencia, del miedo al descrédito y al ridículo; de aparentar valor, cuando estaba asustado. De tratar de disimular el temblor, cuando se me movía todo el esqueleto. Exagerar la normalidad frente a la competencia y antes quienes pagaban mis servicios (...)

La cocina de mis fotos fue un pequeñísimo laboratorio casero que media un metro de ancho por dos de largo, con cuarenta grados en verano y casi nada en invierno. Aquí, luchando con el temblor de mis manos y a la escasa luz de una lámpara roja, me pasaba noches enteras entre ampliadora, negativos fotográficos y baños para revelar, fijar y demás etcéteras. Y así nacieron las imágenes que hoy recuerdan cosas de un pasado ya lejano, de otra gente, de otro pueblo y de otras formas de vida. Motivos tuve muchos para desanimarme y dejar de hacer fotos. Pero ni el temblor, ni los ataques de la competencia, ni siquiera los comentarios, fueron suficientes para que tirase la toalla”.

Como fotógrafo, Diego ha trabajado en plan autónomo, para particulares, en bodas, bautizos, comuniones, cumpleaños... y como colaborador gráfico del diario *Hoy*, en el que ha acompañado a corresponsales como Ángel Valdés, Enrique García Calderón, Antonio Barquilla y Pablo Sánchez, entre otros. Y también de otras publicaciones. Por su objetivo pasó la historia de la localidad, hechos y personajes que día a día hicieron posible la transformación política, económica y social del último tercio del siglo XX: de dictadura a democracia, de pueblo a ciudad, de pobreza a progreso: “Don Benito es como si fuera una casa mía que he visto construir, desde el solar hasta los tabiques y el tejado. En estos años he visto cómo ha ido creciendo Don Benito, como si fuera mi hijo”. Su cámara ha registrado la visita de los reyes en 1977, la primera manifestación obrera, las primeras elecciones democráticas, los ascensos del Club Deportivo Don Benito, la transformación urbana, la inauguración de industrias, la expansión comercial..., pero también, él, que tanto sabe de humildad, que reconoce

que “mi vida siempre ha estado en la calle y en contacto con la gente”, ha retratado los quehaceres diarios de personas normales, partidos de fútbol callejeros, comidas familiares de los domingos en el río y todo aquello que nunca pasará a la historia, ni falta que hace, pero sin lo que no se entiende la vida (figs. 12 a 17):

“Fotos con vida, fotos humanas, fotos de risas, fotos de llanto, fotos de miserias, fotos de grandezas, en fin, de cualquier manifestación humana que se pueda plasmar en una fotografía, y en las que no haya preparación, que todo sea improvisación, según se vayan desarrollando los acontecimientos. Congelar el instante para el recuerdo”.





Figs. 12 a 17: Distintas imágenes salidas de la cámara de Diego Sánchez Cordero de las calles y de las gentes de Don Benito en los años 60, 70 y 80 del siglo pasado

Se jubiló como vendedor de cupones y fotógrafo profesional en 2005. Fue nombrado *Calabazón del año* en 2007. En 2009 creó su órgano de expresión, donde cuelga sus textos e imágenes para deleite de sus miles de seguidores: “Cachos de vida”. Este mismo año se organizaron en la Casa de la Cultura y Museo Etnográfico de Don Benito dos exposiciones de fotografías suyas, *Testigo de excepción* y *La memoria del tiempo*, que sumaron un total 124 instantáneas. En 2016 se le declara *Hijo Adoptivo de Don Benito* y hace entrega al ayuntamiento de la ciudad de su colección de fotografías, formada por 40.000 negativos, considerado uno de los mejores y más extensos archivos fotográficos de Extremadura. Lleva su nombre un certamen de fotografía anual, el primero se celebró en 2017, y tiene en proyecto un libro de fotografías que llevará por título *Don Benito en blanco y negro*. A sus 78 años derrocha actividad, a pesar de moverse en silla de ruedas, empujada a diario por su amigo Antonio, que es invidente, y se muestra extraordinariamente lúcido, de lo que da fe su manejo de las redes sociales, de forma que cada día hace una fotografía que publica en Facebook y sube una antigua a su blog, manteniéndose siempre fiel a sus principios: “Soy un documentalista, no un artista. Mis fotos no son obras de arte, son documentos gráficos de la sociedad, de la gente y de sus calles”.



Fig. 18: Diego Sánchez Cordero en una fotografía reciente (<http://dovane63.blogspot.com/>)

## FUENTES DOCUMENTALES Y BIBLIOGRAFÍA

La mayor parte de los datos que conforman este trabajo han sido suministrados por Diego Sánchez Cordero, bien directamente a su autor, bien publicados en sus blogs: <https://disancor.blogspot.com/>, <http://diegosanchezcprdero.blogspot.com/>. Recientemente se han recopilado sus artículos en un tercer blog llamado: <http://homenajeadiego.blogspot.com> y se ha subido a youtube la película completa con sus mejores textos y fotos: <https://www.youtube.com/watch?v=ZURq0e0pQ5c&t=1108s>.

Un boceto biográfico de Sánchez Cordero ha sido publicado por Daniel Cortés González: “Rincón del pasado. Imagen e Historia. Homenaje a Diego Sánchez Cordero”, en la *Revista de Historia de las Vegas Altas*, Junio/2012, pp. 100-111, reproducidos en parte en el portal *Biblioteca Virtual Extremeña*: <https://www.flickr.com/photos/bibliotecavirtualextreña/40004677352>. Una amplia entrevista en la que repasa su trayectoria se publicó en 2017 en el diario *Hoy*: <https://www.hoy.es/donbenito/201703/13/diego-sanchez-cordero-fotografo-20170313002419-v.html>.

En cuanto a la bibliografía de contexto, para saber más sobre la guerra de Sidi Ifni es aconsejable visitar el Blog de Adolfo Cano Ruiz: *Veteranos de Ifni Sahara*, que incorpora la fotografía de Diego como soldado aquí reproducida, así como un testimonio suyo: <http://veteranosdeifni.blogspot.com/2013/07/ifni-1957soldado-diego-sanchezcordero.html>. De este mismo autor es el libro: *Ifni, 1957-1958. Sin memoria histórica*, Madrid, ed. Punto Rojo, 2017. Recomendamos igualmente la lectura de la obra de Lorenzo Silva, *Del Rif al Yebala. Viaje al sueño y a la pesadilla de Marruecos* (Madrid, 2001, reeditado en 2017). Sobre Ifni y la propuesta de CiU de reconocer a los veteranos, vid: <https://www.abc.es/historia-militar/20130118/abci-ifni-guerra-espana-libro-201301171321.html>. Otro trabajo de contexto, éste sobre la situación socioeconómica del Fuentecantos que vio nacer y crecer a nuestro personaje, es el artículo de nuestra autoría: “Sed de siglos. Fuente de Cantos, 1917-2017”, publicado en la *Revista de Estudios Extremeños*, vol. 73-2, 2017, pp. 2.027-2.064.

Los datos sobre emigración están obtenidos de un informe sindical de 1969 ubicado en el Archivo Histórico Provincial de Badajoz, Gobierno Civil, caja 245.



XIX Jornada de Historia de Fuente de Cantos  
LA EMIGRACIÓN EXTREMEÑA

ACTAS



DIPUTACIÓN  
DE BADAJOZ



Excmo. Ayuntamiento de  
Fuente de Cantos



LUCERNA  
Asociación Cultural de Fuente de Cantos



SOCIEDAD EXTREMEÑA DE HISTORIA